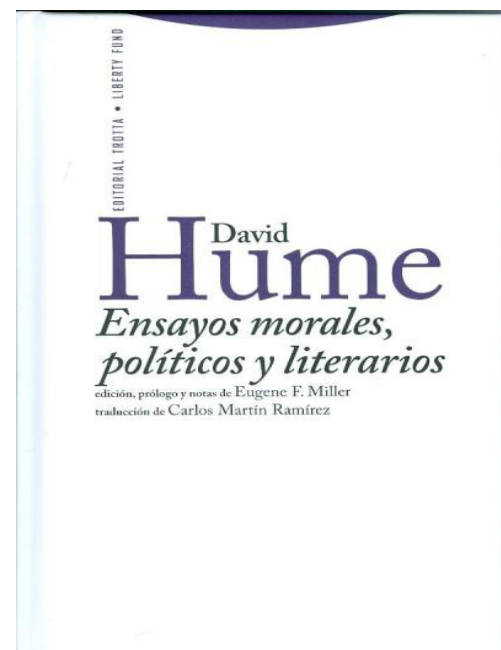


PODRÍAMOS preguntarnos si una forma de filosofía especializada seguiría siendo filosofía. ¿No son en ocasiones, desgraciadamente, la erudición y la sistematicidad barreras infranqueables que entumescen la flexibilidad propia del nervio filosófico? Algo de esa filosofía perenne, vinculada a lo humano, transpira en los breves textos que conforman estos *Ensayos* de Hume, edición que reproduce la publicada en 1777 y que es, por decirlo así, la canónica, aunque viera la luz de forma póstuma. A lo mejor es precisamente esa atracción por lo humano lo que obliga hoy a encasillar los escritos en algún género concreto, pese a que la clasificación en sí misma sería arbitraria. No hay contradicción, no puede haberla, en calificar estos textos de filosofía perenne certificando al mismo tiempo lo contingente de la materia filosófica.

Del mismo modo, constituiría una muestra de simpleza preterir la lectura de estas páginas frente a otras obras más prestigiosas como *Investigación sobre el entendimiento humano* o el *Tratado sobre la naturaleza humana*, fundamental-



DAVID HUME, *Ensayos morales, políticos y literarios*, traducción de Carlos Martín Ramírez, Trotta, Madrid, 2011, 580 pp. ISBN 978-84-9879-169-3. (*Essays, moral, political and literary*, 1987).

mente por dos motivos: en primer lugar, porque como explica E. F. Miller en la breve introducción que abre estas páginas, estos ensayos que se recopilan fueron leídos ávidamente por sus contemporáneos y, en segundo término, porque no hay nada que, estando en las obras más renombradas, no aparezca también aquí, ya sea de forma directa o indirectamente, mediante insinuaciones que un lector avisado no deja escapar.

Hay también una razón más emotiva, que sería para Hume la razón más concluyente, para recomendar esta obra: son una delicia intelectual y literaria de primera magnitud. Hume fue un maestro en una forma de filosofía que tiene el mérito de hacer fáciles los razonamientos abstractos y que corta las alas en ocasiones irracionales de la especulación. Es fácil en cualquier caso separarse de lo real cuando se entromete alguien en diálogo con lo racional, pero no puede uno dejar de preguntarse si no nos amenaza la impostura. La receta de Hume para evitar la *hybris* intelectual es la moderación escéptica y sus

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 1
2013/1
ISSN 2255-2022

exhortaciones no dejan de poseer un tenor casi religioso. Puede que sea ésta, justamente, la clave de la lectura; es decir, la actitud práctico-vital del hombre moderno, muy apegado a su vida, podría explicar sus raptos escépticos también en el campo de la gnoseología.

“Mientras reflexionamos acerca de la vida, la vida se va”, concluye el propio Hume en su ensayo sobre el escepticismo. Los textos breves e incisivos son, de ese modo, la forma obligada que ha de adquirir el texto filosófico si quiere en efecto pensar la vida. Hay, como hemos tratado de sugerir, una amalgama natural entre forma y contenido: la rapidez con la que el intelecto vertiginoso de Hume se desembaraza de un principio general es la misma con que las circunstancias discordantes amenazan desbaratar nuestros planes. La noción de fortuna –sin connotaciones supersticiosas- hace referencia en estos trabajos al peso que lo incontrolable encuentra en la existencia humana.

“La rapidez con la que el intelecto vertiginoso de Hume se desembaraza de un principio general es la misma con que las circunstancias discordantes amenazan desbaratar nuestros planes”

La reafirmación de la vida ayuda a defenderse de la simplificación intelectual. Los filósofos, sostiene, son remisos a abandonar su inclinación a las hipóstasis y a las generalizaciones, como si las ráfagas de lo existente pudieran solidificarse en momentos conceptuales y abstractos. Frente a la tentación, la complejidad de lo existente se desvela inconmensurable a la razón. De ahí que la afilada intuición de Hume –que nace de la connivencia de un escepticismo radical y de un humor acerado- conduzca por los vericuetos de las contradicciones y de las paradojas. En este sentido, la función del humor y de la paradoja en toda su obra filosófica no puede ser algo insignificante, sino que alcanza el rigor de un principio metodológico.

El hombre moderno, cuyo perfil nos fotografía Hume, es desconfiado, incrédulo o, para ser más exactos, descreído, pues su actitud irreverente es resultado de un proceso personal. Es alguien a quien han defraudado los dioses, pero también las ciencias y las abstracciones y los

“Hay una razón más emotiva, que sería para Hume la razón más concluyente, para recomendar esta obra: son una delicia intelectual y literaria de primera magnitud.”



hombres. Hume reubica la trascendencia de lo pasional y por ello deviene extraordinariamente contemporáneo: las argumentaciones racionalmente prolijas no transforman nuestras actitudes; su recompensa es tan abstracta, tan funcional, que resultan insignificantes para la voluntad humana. La pasión conmueve y, por tanto, constituye el motor de nuestro cambio. A este respecto, en un ensayo titulado *De la elocuencia* se exponen las diferencias entre la retórica antigua y la moderna: ¿qué las hace tan diferentes, si no han cambiado los hombres? La primera había tomado conciencia de la afectividad; la segunda, representada como más racional y analítica, bucea en lo universal, pero ello mismo es lo que le impide lograr su eficacia. Quien habla a lo universal paradójicamente no habla cabalmente a nadie.

Podría objetarse, sin embargo, que en el planteamiento de Hume la filosofía deja de tener una referencia veritativa y se antoja esencialmente pedagógica. Hay algo de instrumentalidad, sí. Tal vez esto pueda herir nuestra

“El hombre moderno, cuyo perfil nos fotografía Hume, es alguien a quien han defraudado los dioses, pero también las ciencias y las abstracciones y los hombres”

sensibilidad profesional. En todo caso, la filosofía pierde contacto con la infinitud, es decir, con aquella región tan alta e inaprensible que, como expresivamente dice Hume, “el aire se vuelve demasiado tenue para respirarlo”. La pedagogía filosófica quizá nos distancie de la verdad, pero inexorablemente intima con la multiplicidad de nuestros caracteres y alcanza una misión propedéutica. En términos contemporáneos podríamos hablar de la función terapéutica de la reflexión: ablanda nuestro temperamento, nos humaniza en la medida en que nos concilia con la finitud, atemperando pasiones nocivas.

Con esa actitud despreocupada, Hume se propone pensar los temas políticos, morales y religiosos más acuciantes de su tiempo. Estos textos suyos, textos de ocasión, reverdecen en nuestra contemporaneidad para incitarnos: se hacen tan jóvenes como la mirada sin prejuicios que se abre por primera vez al mundo.

José María Carabante